Mario es perseguido por una bruja a través de espacios tenebrosos.
Se trataba de un sueño recurrente que arruinaba sus noches de forma habitual desde la muerte de su madre.
Una mañana que se encontraba en la biblioteca de la facultad a primera hora de la mañana, como de costumbre, al verle Ángel tan abatido, le había preguntado por el motivo.
Aunque no acostumbraba a tratar de temas personales con sus compañeros, le había contado su maldita pesadilla.
A medida que se la describía, sus ojos se iban iluminado.
Al instante se arrepintió de haber compartido sus temores con alguien, como si aquello hubiera supuesto una debilidad.
Él le había hablado de un poeta austríaco amigo de Wittgenstein y de sus ideas sobre el simbolismo de los colores.
Según ese autor que él desconocía, aunque pudiera parecer incongruente, el blanco no simbolizaba la pureza, sino la muerte.
Aquella idea le había parecido absurda pues precisamente con él se vestían las novias, las cuales representaban la vida.
Entonces le había hecho interrogarse por el sentido de la filosofía wittgensteiniana, advirtiéndole que podría encontrar en su obra grandes paralelismos con Spinoza e incluso con Kant.
Para él el problema consistía en temer a las brujas, cuando en realidad podrían representar el bien.
Estaba claro que se trataba de un feminista redomado para pensar así.
En esa cuestión nunca lograban ponerse de acuerdo.
Incluso afirmaba que la caza de brujas, llevada a cabo en la Edad Media, había sido una conspiración entre la iglesia y sus universidades para deshacerse de los saberes curativos femeninos, y apartarlas como posibles competidoras frente a los médicos diplomados.
Pero sin duda la disputa más grande la habían tenido por culpa de la mujer que ofreció a Althusser su amor y sus ideas durante más de treinta años.
Al final había aprendido su apellido, Rytmann, porque Ángel insistía en repetirlo en lugar de referirse a ella como su mujer, especialmente tras haberla asesinado.
A pesar de ese desgraciado incidente, se trataba de su pensador favorito, y no por ello dejaría de serlo.
La complejidad estructuralista que entrañaba su obra le maravillaba, pues era de los que opinaba que el lenguaje filosófico, cuanto más hermético, mejor.
Mientras que los pensadores como Sartre, que incluían en sus obras referencias literarias, como para ablandarlos, le parecían de segunda, pues consideraba la emoción y la belleza cosa de mujeres, no de filósofos.
Pero lo más absurdo que le había escuchado decir a Ángel era que quizás ni la primera ni la segunda guerra mundial hubieran tenido lugar sin que Marx hubiera proporcionado al capitalismo un verdadero manual de instrucciones sobre la explotación del proletariado.
Incluso mantenía que por su culpa, la nación rusa había llegado a convertirse en una gran legión de soldados, al igual que China de esclavos.
Y respecto a la caza de brujas, arguía que en la ignorancia actual de los saberes curativos femeninos radicaban todas las enfermedades que asolaban a la humanidad, especialmente las psicológicas.
Entonces, dormido, se plantea que a lo mejor debería dejar de correr y enfrentarse a la bruja a pesar del pánico que le produce.